

El Estado-nación y el proletariado

Rosa Luxemburg

(Przegląd Socjaldemokratyczny, Cracovia, 1908)

I

Para resolver la cuestión nacional, no es suficiente decir que los socialistas deben abordarla desde el punto de vista de los intereses de clase del proletariado. Hoy en día la influencia del socialismo científico se ejerce indirectamente sobre el movimiento obrero en su conjunto, hasta el punto de que actualmente no existe ningún partido obrero o socialista que no use, al menos, la terminología del marxismo, cuando no la totalidad de su manera de pensar. Para citar un ejemplo notable, tomemos el del partido "socialista revolucionario" ruso actual cuya teoría - si se puede hablar de una teoría - tiene tantos elementos tomados de la escuela marxista como del populismo (*narodniki*) y de la "Voluntad del Pueblo" (*Narodnaya Volya*). Del mismo modo, todo tipo de grupos socialistas del tipo pequeñoburgués y nacionalista en Rusia avanzan sus propias quimeras políticas en nombre de los "intereses del proletariado y el socialismo." El socialpatriotismo polaco, ahora en declive, se diferencia de lo que podría llamarse el "nacionalsocialismo" ingenuo y patriarcal de Limanowski en que este "valiente" Limanowski no ha pronunciado jamás el nombre de Karl Marx, mientras que, desde el principio, el socialpatriotismo trató de legitimar su programa utilizando la terminología marxista, los "intereses de clase del proletariado."

Pero el carácter de clase de una reivindicación no proviene mecánicamente de su colocación en un programa de un partido socialista. Lo que este partido u otro considera como un "interés de clase" del proletariado sólo es un interés supuesto, elaborado por un razonamiento subjetivo. Sería fácil demostrar que el interés de la clase obrera requiere que se imponga legalmente un *salario mínimo*. Una ley así protegería a los trabajadores de las presiones de la competencia procedente de regiones menos desarrolladas, garantizaría un mínimo vital, etc. Esta reivindicación ha sido ya formulada en varias ocasiones en los círculos socialistas. Sin embargo, el principio no ha sido aceptado por los partidos socialistas, en general, por la buena razón de que la regulación universal de los salarios por la vía legal es un sueño utópico en las condiciones anárquicas actuales de la economía privada, porque los salarios de los obreros, como el precio de las mercancías, depende totalmente, en el sistema capitalista, de la "libre competencia" y del movimiento espontáneo de los capitales. Por esta razón, la regulación legal de los salarios sólo se puede aplicar en pequeñas esferas, claramente circunscriptas, tales como un acuerdo entre un municipio y los trabajadores que emplea. Puesto que una ley general que imponga un salario mínimo está en desacuerdo con las condiciones actuales del capitalismo, debemos reconocer que éste no es un verdadero interés proletario, sino un interés inventado, a pesar de la lógica de la argumentación que la sostiene.

En abstracto, se pueden imaginar diferentes "intereses de clase del proletariado" que serán pura fraseología en el programa socialista. Sobre todo después de que, con la quiebra de los partidos burgueses, nuevas fuerzas tales como la intelectualidad burguesa y la pequeña burguesía están buscando refugio en el movimiento obrero y tratan de imponer diversas reivindicaciones sinceras pero poco realistas, extrañas a los intereses de clase del proletariado. Si los partidos socialistas no tuvieran ningún criterio objetivo para medir lo que corresponde a los intereses de clase del proletariado y se dejaran guiar únicamente por lo que algunos consideran como bueno o útil para los trabajadores, el programa socialista sería un revoltijo heterogéneo de deseos subjetivos y, a veces, completamente utópicos.

Fundamentada en bases históricas, sobre la base del desarrollo de la sociedad capitalista, la actual socialdemocracia deduce sus intereses inmediatos, las reivindicaciones actuales del proletariado y sus objetivos a largo plazo, no de un razonamiento subjetivo sobre lo que sería "bueno" y "útil" para el proletariado, sino de un examen del desarrollo objetivo de la sociedad para discernir sus verdaderos intereses y los medios para alcanzarlos. Desde esta perspectiva deben considerarse las formas principales de una solución práctica de la cuestión de las nacionalidades, las sugeridas por los ejemplos históricos, así como las que corresponden a las consignas populares en los círculos socialistas.

Empecemos con la idea del *Estado-nación*. Para identificar este concepto desde el punto de vista de los principios, hay que evaluar el contenido histórico, buscar lo que se esconde materialmente detrás de la máscara.

En su artículo sobre las luchas nacionales y el programa socialdemócrata en Austria, publicado hace diez años, Kautsky enumera tres factores que cree que son las "raíces de la idea moderna de nación" y cuyo ascenso "acompaña al Estado moderno en Europa". Estos factores serían: "la necesidad de la burguesía, de los productores de mercancías en general, de garantizar un mercado interior", a continuación, "el deseo de libertad política, de democracia" y, finalmente, "la difusión de la cultura nacional literaria entre las masas populares" (Karl Kautsky, "Der Kampf der Nationalitäten und das Staatsrecht in Österreich". *Neue Zeit*, 1897-1898, vol. I, pág. 517.)

Desde el principio, la teoría de Kautsky revela su posición fundamental, su percepción de la nación como *categoría histórica*. En este razonamiento, la idea de nación está íntimamente ligada a una época específica del desarrollo moderno. Los intereses mercantiles de la burguesía, las corrientes democráticas, la cultura popular - estas son las características típicas de la sociedad burguesa.

Por supuesto, no estamos hablando aquí de la nacionalidad en el sentido de grupo etnográfico o cultural específico. Esta nacionalidad es diferente, obviamente, del aspecto burgués, puesto que las particularidades nacionales existen desde hace siglos. Aquí estamos interesados en los movimientos nacionales como elementos de la vida política, en la voluntad de establecer lo que se llama un Estado nacional: fenómenos que se inscriben incontestablemente en la época burguesa. La historia de la unificación nacional de Alemania ofrece un ejemplo típico de esta correlación porque el núcleo en torno al cual cristalizó el Reich alemán fue constituido por el *Zollverein* y *Zollparlament* cuyo portavoz, Friedrich List tiene todo el derecho a ser considerado, con su teoría plana de la "economía nacional", como el verdadero mesías de la unidad nacional, más que el idealista Fichte, generalmente citado como el apóstol del renacimiento nacional alemán. El movimiento "nacional" que, en la época de Fichte, inflamaba las mentes «del pueblo y los príncipes» alemanes y del que se convirtió en heraldo la seudorrevolucionaria *Burschenschaft*, a pesar de fervientes simpatías del mismo Fichte por la Gran Revolución francesa, no era más que una reacción medieval contra las semillas de la Revolución sembradas en Alemania por Napoleón y contra los primeros elementos de un régimen burgués moderno. Este soplo de aire romántico y sofocante de "renacimiento nacional" se agotó después del regreso triunfal de Alemania a la dispersión feudal del *Vormärz*. Sin embargo, List, este agente vulgar de la industria alemana, extendió en los años treinta y cuarenta su evangelio de "renacimiento nacional" fundamentado en los elementos del desarrollo burgués, en la industria y el comercio, en la "teoría del mercado interior". Este movimiento patriótico que hizo nacer fuertes corrientes políticas, educativas, filosóficas y literarias se basaba principalmente en la necesidad de unificar todos los territorios alemanes, divididos en múltiples pequeños estados, separados por barreras aduaneras y fiscales, en una única gran "patria" capitalista integrada que proporcionaría una amplia base a la gran industria mecanizada.

La unificación industrial y comercial de Alemania está tan íntimamente ligada a los destinos de su unificación política que la historia de la Unión aduanera reflejó todas las vicisitudes de la historia de Alemania con una continuidad perfecta, hasta el nacimiento del presente Reich alemán. En 1834 nació la Unión aduanera, agrupando en torno a Prusia diecisiete Estados más pequeños; poco a poco, uno a uno, otros Estados se sumaron a la Unión. No obstante, se dejó fuera a Austria y la guerra de Schleswig-Holstein inclinó la balanza a favor de Prusia. En 1867, la última renovación de la Unión no fue necesaria ya que había una nueva unión nacional y, después de la guerra franco-prusiana, la Unión Alemana del Norte dejó en herencia al Reich nuevamente creado sus deberes y obligaciones aduaneros: el Bundesrat y el Reichstag tomaron el lugar de Zollbundesrat y Zollparlament. Este ejemplo, extraído de la historia moderna, revela admirablemente los verdaderos fundamentos económicos de los estados nacionales modernos.

Pero si la voracidad de la burguesía capitalista por los mercados que "le pertenecen" es elástica y extensible hasta el punto de tener una tendencia natural a incluir el mundo entero, la quintaesencia de la "idea nacional" burguesa moderna radica en que, a los ojos de la burguesía de cada país, su propia nación, su "patria", está destinada por naturaleza a servir de mercado para sus productos, como si se tratara de un patrimonio exclusivo, otorgado por el dios Mercurio. Al menos así es como se

presenta el problema nacional allí donde el capitalismo se está desarrollando "normalmente", sin sobresaltos, es decir, allí donde la producción para el mercado interno precede a la producción para la exportación. Esto es lo que ha ocurrido en Alemania e Italia.

Sin embargo, sería un error tomar la formulación de Kautsky al pie de la letra, en el sentido de que la base material de los movimientos nacionales modernos sería únicamente el deseo mal comprendido de la burguesía industrial de tener un mercado "autóctono" para vender sus productos. La burguesía capitalista necesita además, para desarrollarse bien, de muchas otras condiciones: un fuerte militarismo, garante de la inviolabilidad de su "patria" al mismo tiempo que herramienta para abrirle el mercado mundial; a continuación, una política aduanera apropiada, formas adecuadas de administración de las comunicaciones, de la justicia, del sistema escolar y una política financiera. En resumen, para desarrollarse, el capitalismo necesita no sólo los mercados, sino también todo el aparato de un Estado capitalista moderno. Para existir normalmente, la burguesía no sólo tiene necesidad de condiciones económicas de producción, también necesita condiciones políticas para establecer su poder de clase.

De ello se desprende que la forma específica de las aspiraciones nacionales, el verdadero interés de clase de la burguesía, es la consecución de la independencia estatal. El Estado-nación es igualmente la forma histórica indispensable para la burguesía para pasar de la defensa nacional a la ofensiva, de la protección y la agrupación de su propia nacionalidad a la política de conquista y dominación de otras nacionalidades. Todos los "Estados-nación" existentes, sin excepción, se ajustan a esta descripción, anexan a sus vecinos o a colonias, oprimen a las nacionalidades conquistadas.

Este fenómeno es comprensible si tenemos en cuenta el hecho de que para la burguesía, un movimiento de unificación y defensa de su propia nacionalidad puede existir con la opresión de otra nacionalidad, aunque sea contradictorio con la ideología misma del "Estado-nación". La burguesía alemana ofreció en 1848 un ejemplo impresionante de este fenómeno en su actitud frente a la cuestión polaca. Durante la Revolución, en medio de las efusiones de patriotismo alemán, Karl Marx y sus compañeros, como sabemos, defendieron la causa de la independencia de Polonia y en este tema, como en muchos otros, predicaron en el desierto. En su primera etapa de desarrollo, el "Estado-nación" alemán no se conformó en absoluto con el concepto permitido del Estado-nación en cuanto a las nacionalidades, simplemente lo parodió. De hecho, las fronteras del Reich dividían la nación alemana, repartiéndola entre Austria y el nuevo Estado "nacional" de Alemania, agrupaban y oprimían bajo la misma administración, a alemanes, polacos, daneses y franceses.

Aún más sorprendente es el ejemplo de Hungría, cuya lucha por la independencia levantó en su momento tanta admiración, hasta el punto de que incluso nuestros líderes revolucionarios polacos Bem, Dembinski Wysocki, pusieron sus armas a su disposición. Pero, desde el punto de vista de las nacionalidades, no era más que un intento de establecer el poder de clase de una minoría húngara en un país con nueve nacionalidades, donde los húngaros oprimen brutalmente a todas las otras. El precio pagado por la "independencia" nacional de los húngaros fue la separación de los eslovacos de los Cárpatos respecto a sus hermanos Checos de los Sudetes; de los alemanes de Bratislava, Temesvar, y Transilvania respecto a los alemanes austriacos; de los serbios y croatas de Dalmacia respecto a Croacia y los Eslovenos¹.

La misma dicotomía caracteriza a las aspiraciones nacionales de los checos. Estas aspiraciones han despertado la desconfianza de los alemanes, ya que tienen, entre otros efectos, el de separar la población alemana de los Sudetes de los alemanes de los países alpinos. El objetivo primordial de los checos era obligar a los alemanes, como grupo minoritario del País de la Corona de Wenceslao, a una completa dependencia de los checos en materia administrativa y cultural. No es todo. La separación del territorio checo habría producido una amputación nacional a los propios checos. Su programa estaba destinado a reunir en un solo estado a 5,3 millones de checos con 3 millones de alemanes y unos 200.000 polacos, mientras que 2 millones de eslovacos de los Cárpatos, emparentados con los checos, permanecían fuera de este Estado "nacional" checo y se los entregaban a los húngaros. Por eso, estos eslovacos clamaban alto y fuerte sus derechos

¹ Estos son los datos aproximados de la composición nacional de Hungría en esta época: 5.000.000 húngaros, 2.300.000 rumanos, 1.670.000 eslovacos, 1.500.000 alemanes, 900.000 croatas, 443.000 cárpato-rusos (rutenos).

completamente ignorados por los nacionalistas checos.²

Por último, para no buscar más lejos, el nacionalismo burgués polaco está dirigido tanto contra los cárpatos-rusos (rutenos) como contra los lituanos. Esa misma nacionalidad que tuvo que soportar la dura política de exterminio de los países que se la reparten - Prusia y Rusia - negó el derecho a la independencia de otras nacionalidades. De acuerdo con la vieja teoría de la Stanczyk, los cárpatos-rusos (rutenos) de Galitzia ni siquiera son una nacionalidad, sino "material etnográfico" bruto para construirla y, al final del siglo XIX, la política polaca en Galitzia era luchar contra las "pretensiones" rutenas, por lo que pusieron en entredicho todas las libertades que les confiere la autonomía de Galitzia. Los círculos nacionalistas polacos acogieron con la misma hostilidad el reciente movimiento de renacimiento nacional de los lituanos³.

Este carácter equívoco del patriotismo burgués, basado esencialmente en los intereses en conflicto de las diversas nacionalidades, en lugar de la armonía, sólo es comprensible si se acepta que la base histórica de los movimientos nacionales modernos de la burguesía no es otra que la aspiración de poder de clase, expresada de una forma social determinada; el *Estado capitalista* moderno es "nacional" sólo en la medida en que le permite a la burguesía de una nacionalidad dada ejercer su dominación sobre toda la población mezclada del Estado. Las instituciones democráticas y la enseñanza popular - estos elementos ideológicos distintivos de la idea nacional mencionados por Kautsky - son sólo aspectos secundarios en un Estado burgués que se adaptan fácilmente al contexto y espíritu del Estado, tanto como la burguesía lo necesite. La independencia y la unificación del Estado constituyen el eje real en torno al cual giran los movimientos nacionales burgueses.⁴

Desde el punto de vista de los intereses del proletariado, las cosas son muy diferentes.

En tanto que clase, el proletariado actual es hijo de la economía capitalista y del estado burgués. La sociedad capitalista y el Estado burgués - no como una idea abstracta, sino en la forma tangible que les ha dado la historia de cada país - fueron desde el principio el marco de la actividad del proletariado. Un Estado burgués - nacional o no - es precisamente la base sobre la que, con la producción capitalista como forma dominante de la economía actual, la clase obrera emerge y crece. En este sentido, hay una diferencia histórica fundamental entre la burguesía y el proletariado. La burguesía como clase germina y se desarrolla en el seno del sistema feudal. Aspirando a asegurar el triunfo del capitalismo como forma de producción y el suyo propio como clase dominante, la burguesía creó el Estado moderno sobre las ruinas del sistema feudal. Con el desarrollo del capitalismo y el poder de la burguesía, emerge la expresión política del proletariado, al principio como parte del Estado burgués. El Estado ha sido desde los inicios su matriz natural, como lo es la cáscara para un polluelo. Por lo tanto, históricamente hablando, la idea de que el proletariado moderno en tanto que clase separada y consciente no puede hacer nada sin comenzar por crear primero un nuevo Estado-nación equivale a pedirle a la burguesía de cada país que restablezca el orden feudal allí donde este proceso no se produjo con normalidad o tomó formas específicas, como en Rusia. La misión histórica de la burguesía es la creación de un Estado "nacional" moderno; pero la tarea histórica del proletariado es abolir el Estado en cuanto que se trata de una forma política del capitalismo, de cuyo interior emerge como clase consciente, para establecer el sistema socialista. Como parte de toda la sociedad, el

² En el congreso de los periodistas eslavos de junio de 1898, el delegado eslovaco de Liptawa, Karol Salwa, les decía a los checos: "Para que haya reciprocidad, los esfuerzos han de hacerse por ambas partes. Yo conozco la razón de vuestra falta de interés por nosotros: el país de los eslovacos es, para la mayor parte de los checos, con algunas famosas excepciones, un *país extranjero*."

³ Por ejemplo, compelido por una empresa tan inocente como la creación de una asociación para el restablecimiento del lituano en la Iglesia católica de Lituania, el *Kurjer Litewski* de Vilna se indignaba en 1906: "*Cuántas veces hemos denunciado las acusaciones infundadas contra los polacos que supuestamente se estarían esforzando en polonizar los territorios lituanos, cuántas veces se ha probado que las denuncias de los lituanos contra los polacos eran absolutamente injustificadas, denuncias que nos quieren hacer responsables de los desmanes de la historia contra ellos. No es a los polacos a los que hay que acusar de su voluntad de polonización, sino a los lituanos de su voluntad de lituanización. Si los lituanos rechazan la perspectiva de coexistencia pacífica, sólo posible mediante concesiones mutuas, si se empeñan en hacer de todo para acosar y ningunear a los polacos, que recuerden que han sido ellos los primeros en tirar el guante a los polacos y que recaerá sobre ellos la responsabilidad.*" Este recurso al argumento del "desarrollo histórico" que aseguraría la superioridad de una nacionalidad sobre otra, esta acusación de chovinismo exacerbado contra los que luchan por la existencia de su propia nacionalidad, acompañada de sombrías amenazas contra el otro, recuerda extrañamente el lenguaje de los hakatistas prusianos que defendían a los alemanes amenazados por "intentos de polonización" o incluso el discurso del conde St. Tarnowski, que acusaba a los rutenos de "acoso" alevoso contra los polacos.

⁴ En consecuencia, la mayor parte de los teóricos burgueses del derecho considera la existencia del Estado como un atributo indispensable de la "idea de nacionalidad". Bluntschli y cia. ideólogos de su clase, lo único que hacen es describir - usando definiciones y subdivisiones abstractas- lo que la burguesía ávida de poder ha realizado en el curso de la historia,

proletariado puede participar en el movimiento nacional burgués donde el desarrollo burgués requiere la creación de un "Estado-nación", como fue el caso, por ejemplo, de Alemania. Pero se somete a la dirección de la burguesía y no actúa como una clase independiente, con su propio programa político. El programa nacional de los socialistas alemanes en los años cuarenta propuso dos ideas en oposición directa con el programa nacional de la burguesía: la unificación en fronteras nacionales y la forma republicana de gobierno.

Los intereses del proletariado sobre la cuestión nacional son antagónicos con los de la burguesía. La preocupación por garantizar a los industriales de la "patria" un mercado interior y ganar nuevos mercados mediante la conquista, mediante la política colonial o milita -propia de la burguesía cuando se crea un estado "nacional"- no puede ser el objetivo de un proletariado consciente.

Como legítimo hijo del desarrollo capitalista, el proletariado refleja este desarrollo como un fondo histórico necesario para su crecimiento y su maduración política. La propia socialdemocracia sólo refleja el aspecto revolucionario del desarrollo capitalista, mientras que la burguesía dominante supervisa este desarrollo en nombre de la reacción. En ninguna parte la socialdemocracia considera que debe apoyar activamente la industria o el comercio; su lucha es contra el militarismo, el colonialismo, el proteccionismo, ya que combate contra toda unidad básica del Estado de clase existente, su administración, sus leyes, su sistema escolar, etc⁵.

La política nacional del proletariado es la antítesis de la política burguesa. Su esencia es siempre defensiva, jamás ofensiva. Se basa en la búsqueda de la armonía de los intereses de todas las nacionalidades, no en la conquista o la sumisión de una a otra. El proletariado consciente de cada país tiene necesidad de desarrollar una existencia pacífica, del desarrollo cultural de su propia nacionalidad, pero en absoluto necesita que su nacionalidad domine a otras. Desde esta perspectiva, el Estado-nación en tanto que aparato de dominación y conquista de nacionalidades extranjeras indispensable para la burguesía, no significa nada para los intereses de clase del proletariado.

Por ello, entre las "tres raíces de la idea nacional moderna", enumeradas por Kautsky, solamente las dos últimas son importantes para el proletariado como clase: las instituciones democráticas y la educación popular. Lo que es vital para la clase obrera, como condición para su maduración espiritual y política, es la libertad de utilizar su lengua materna, el desarrollo sin obstáculos de la cultura nacional - la ciencia, la literatura, las artes, la educación popular liberada de la presión de los nacionalistas - en la medida que todo esto puede ser "normal" en un régimen burgués. Es esencial que la clase obrera de cada nacionalidad disponga de los mismos derechos civiles dentro del Estado. La discriminación política de una nacionalidad es la mejor herramienta en manos de una burguesía ansiosa de enmascarar los conflictos de clase y engañar a su propio proletariado.

Los acólitos de las "mejores condiciones sociales posibles" afirman que, sea cual sea la situación, la mejor garantía de desarrollo cultural y de los derechos de cada nacionalidad es precisamente la independencia del Estado, su propio Estado-nación y que por eso el Estado-nación es, en última instancia, un interés de clase esencial, también para el proletariado. Pero la cuestión no es saber lo que es o sería "mejor" para el proletariado. Estas consideraciones no tienen ningún efecto práctico. Además, si abordamos el tema de lo "que sería mejor" desde el punto de vista del proletariado de manera abstracta, habría que concluir que la "mejor" solución a la opresión nacional y a todos los desórdenes de naturaleza social es, sin duda, el sistema socialista. Un debate utópico conduce inevitablemente a una solución utópica, proyectada en el Estado del futuro, cuando de hecho, el problema debe ser resuelto en el marco de la realidad burguesa existente.

Sin embargo, desde el punto de vista del *método*, el razonamiento anterior oculta un

⁵ "Es verdad, dice Kautsky, que la socialdemocracia es el partido del desarrollo social, que su objetivo es desarrollar la sociedad más allá del estadio capitalista. Es sabido que la evolución no excluye la revolución, que es un episodio de la evolución. Su meta final es la supresión del proletariado en el sentido de que cuando el proletariado se apodere de la producción social y la controle, los obreros dejarán de ser proletarios y de formar una clase separada de la sociedad. Este final depende de ciertas condiciones económicas y políticas. Exige un cierto grado de desarrollo capitalista. Por eso, el proletariado tiene la tarea de apoyar el desarrollo económico. Pero esa tarea no es la de apoyar activamente la expansión del capitalismo - en otras palabras, no es la de favorecer la obtención de beneficios. Ésta es la tarea histórica de la clase capitalista y la cumple bien. Nosotros no tenemos necesidad de ayudarla y además no podemos, sobre todo porque nos oponemos a los métodos capitalistas de desarrollo... No tenemos necesidad de posicionarnos a favor de la sustitución de los obreros por las máquinas, ni de la expropiación de los artesanos por las manufacturas, etc. (...). Nuestra tarea en el desarrollo económico es organizar y apoyar al proletariado en sus luchas de clase". "Das böhmische Staatrecht und die Sozialdemokratie", *Die Neue Zeit*, 1898/99, t. I, p. 292-293.

Y el mismo argumento, añade Kautsky, se aplica tanto más al dominio de las relaciones políticas.

malentendido adicional, de naturaleza histórica. La afirmación de que un Estado-nación independiente es, después de todo, la "mejor" garantía de la existencia y el desarrollo nacionales supone manejar una concepción del Estado-nación como si se tratara de un concepto perfectamente *abstracto*. Considerado únicamente desde la perspectiva nacional, como manifestación y encarnación de la libertad y la independencia, el Estado-nación es solamente un residuo de la ideología decadente de la pequeña burguesía de Alemania, Italia, Hungría – de toda Europa central, en la primera mitad del siglo XIX. Es un eslogan que pertenece a la panoplia del caduco liberalismo burgués. Desde entonces, el desarrollo de la burguesía ha demostrado de manera inequívoca que un Estado-nación moderno es más real y más tangible que la vaga idea de "libertad" y de "independencia" de las naciones, que es en realidad una realidad histórica definida, ni muy atractiva ni muy pura. La sustancia y la esencia del Estado moderno no incluye la libertad e independencia de la "nación", sino sólo la dominación de clase de la burguesía, políticas proteccionistas, impuestos indirectos, militarismo, guerra y conquista. A la burguesía le gusta utilizar la técnica burda de tratar de cubrir esta brutal verdad histórica con un ligero velo ideológico, ofreciendo la felicidad puramente negativa de la "independencia nacional y la libertad." Durante un tiempo, esta técnica dio resultado. Pero hoy en día es suficiente con recordar las circunstancias en que fueron pronunciadas estas declaraciones para entender que son lo contrario de lo que puede y debe ser la posición de clase del proletariado.

En este caso como en otros, el anarquismo, antagonista supuesto del liberalismo burgués, resultó ser su digna descendencia. Con su característica seriedad "revolucionaria", el anarquismo se ha creído ingenuamente la fraseología de la ideología liberal y, como ésta última, no ha mostrado más que desprecio por el contenido histórico y social del Estado-nación, al que ha considerado nada menos que la encarnación de la "libertad" de la "voluntad del pueblo" y otras consignas vacías. Por ejemplo, en 1849, Bakunin escribió esto acerca de los movimientos nacionales de Europa Central:

"Al principio, el primer signo de vida de la Revolución [de 1848] fue un grito de odio contra la vieja opresión, un grito de simpatía y amor por todas las nacionalidades oprimidas. ¡Abajo los opresores!" fue el grito unánime: "Salud a los oprimidos, los polacos, los italianos y a todos! ¡No más guerras de conquista, nosotros llevamos a cabo solamente un último combate sin piedad, la buena batalla de la revolución para la liberación final de todos los pueblos! ¡Abajo las barreras artificiales que el congreso de los déspotas ha erigido por la fuerza, de acuerdo con supuestas necesidades históricas, geográficas, comerciales y estratégicas! Ya no debe haber más separaciones que las compatibles con la naturaleza, no más fronteras que las trazadas por la voluntad soberana de los pueblos en equidad y democráticamente, definida por ellos mismos sobre la base de sus características nacionales". Tal fue el grito de todos los pueblos."

A estas diatribas sobre la independencia nacional y la "voluntad del pueblo", Marx respondió:

"Aquí no se alude para nada a la realidad o, en la medida en que se la toma en consideración, se la presenta como algo absolutamente reprobable, fabricado arbitrariamente por el "Congreso de los déspotas" y los "diplomáticos". A esta realidad nefasta se opone la llamada voluntad popular, con su imperativo categórico, su reivindicación absoluta de la "libertad" ... La "Justicia", la "Humanidad", la "Libertad", etc. pueden reclamar mil veces esto o aquello; pero si la cosa es imposible, no sucederá y, a pesar de los pesares, todo continuará siendo una vana quimera... Solo una palabra acerca de "hermandad universal de los pueblos" y del trazado de "fronteras que marquen la voluntad soberana del pueblo, basadas en su originalidad nacional". Los Estados Unidos y México son dos repúblicas; el pueblo es soberano en ambas. ¿Cómo es que estalló una guerra por Texas entre las dos repúblicas que, de acuerdo con la teoría moral, deberían haber sido "fraternales" y "federadas"? ¿Cómo es que la "voluntad soberana" del pueblo estadounidense, apoyada por la bravura de los voluntarios, empujó la frontera un centenar de millas más al sur respecto a la dibujada por la naturaleza, alegando "necesidades geográficas, comerciales y estratégicas"?"

La respuesta a esta pregunta irónica de Marx es fácil: los "Estados-nación", incluso bajo la forma de repúblicas, no son el producto o la expresión de la "voluntad del pueblo", como afirma la fraseología de la teoría liberal y repite la del anarquismo. Los "Estados nacionales" son ahora las mismas herramientas y formas de poder de clase de la burguesía que fueron los estados anteriores, no

nacionales y, como ellos, aspiran a la conquista. Los Estados nacionales tienen las mismas tendencias agresivas de conquista, belicosas y opresoras - en otras palabras, tendencias a convertirse en "no nacionales". Por eso entre los Estados nacionales se desarrollan constantemente querellas y conflictos de intereses. Y aún hoy en día si, milagrosamente, todos los Estados se convirtieran en "nacionales", ofrecerían al día siguiente la misma imagen de guerra, conquista y opresión. El ejemplo dado por Marx es típico en este sentido. ¿Por qué y para qué estalló la guerra entre los Estados Unidos y Texas? California era indispensable para el desarrollo económico de los Estados Unidos, primero como reserva de oro en sentido literal, luego como salida al Océano Pacífico. Sólo la adquisición de este país podía permitir a los Estados Unidos implantarse desde un océano al otro, para establecer y abrir oportunidades tanto en el Oeste y como en el Este. En cambio, para los *atrasados* mexicanos California era simplemente una posesión territorial. Los intereses de la burguesía prevalecieron. El "Estado-nación" idolatrado e idealizado por los anarquistas como procedente de la "voluntad del pueblo" fue un instrumento eficaz de conquista a cuenta de los intereses del capitalismo.

La historia moderna de Sudamérica ofrece ejemplos de este tipo aún más sorprendentes. Ya hemos mencionado la naturaleza ambigua de la liberación "nacional" de las colonias de España y Portugal en los albores del siglo XIX. Aquí lo que nos interesa es su futuro político como "Estados-nación" independientes, ya que ofrece una pintoresca ilustración de la fraseología anarquista sobre la "libertad nacional" y la "voluntad del pueblo".

Brasil se liberó de Portugal tras una lucha encarnizada en 1825. El mismo año estalló una guerra entre Brasil y Argentina, que acababa de liberarse del dominio español, por la provincia Banda Oriental. Los dos nuevos Estados-naciones querían quedarse con esta provincia que finalmente conquistó su independencia como República de Uruguay, únicamente gracias a la intervención armada de los Estados europeos que tenían intereses coloniales en América del Sur. Francia y Gran Bretaña lanzaron un ultimátum a Argentina, que se negaba obstinadamente a reconocer la independencia de Uruguay y Paraguay. En 1845, estalló otra guerra con la participación de Paraguay, Uruguay y Brasil. En 1850, se reanudó la guerra entre Brasil y Argentina; Brasil consiguió derrotar a Argentina, con la ayuda de Paraguay y Uruguay, tras lo cual conquistó Uruguay. En 1864 obligó literalmente al Uruguay independiente a someterse por la fuerza de las armas. Paraguay protestó contra esta acción y declaró la guerra a Brasil, que fue apoyado por Argentina y Uruguay. Esta guerra, que duró desde 1865 hasta 1870, acabó por asegurar a Brasil, donde reinaba menos la "voluntad del pueblo" que la voluntad y los intereses de los productores de café, la posición de gran potencia dominante en Sudamérica. Esta historia socavó la dominación de los blancos en Brasil (que son un poco menos de un tercio de la población) sobre los negros y mestizos. Sólo después de luchas internas, en 1871, fue proclamada la emancipación de los esclavos, acompañada de una indemnización a los propietarios a cargo de las arcas públicas. El Parlamento, que era el instrumento de los terratenientes, no aprobó estos fondos y la esclavitud continuó existiendo en la práctica. En 1886 se proclamó la emancipación de los esclavos mayores de setenta años; los otros tuvieron que esperar diecisiete años más. Pero en 1888, el partido dinástico, luchando por mantener el trono, impuso al Parlamento la abolición general de la esclavitud sin indemnización, paso decisivo para el futuro del movimiento republicano. Los plantadores se pusieron en masa detrás de la bandera republicana y, tras el golpe militar de 1889, la República de Brasil fue proclamada⁶.

Esta es la apariencia idílica tomada por las condiciones internas y acontecimientos en Sudamérica desde el momento de auge de los "Estados-nación" y la introducción de la "voluntad del pueblo". Los Estados Unidos de Australia proporcionan un buen complemento al cuadro. Apenas recién salidos del estatuto de colonias inglesas, apenas conquistada su independencia bajo la forma de una república federada - el ideal de la fraseología bakuninista - estos Estados lanzaron una política ofensiva contra las Nuevas Hébridas, vecinas de Nueva Guinea y, en fiel imitación de los Estados Unidos de América, proclamaron su propia doctrina "nacional": "Australia para los australianos." La expansión simultánea de la marina de guerra de la Unión Australiana sirve para subrayar esta doctrina.

⁶ El incidente que sigue da la medida de la influencia de los intereses del "café" sobre la "voluntad nacional" en esta república "nacional", incluso después de la abolición formal de la esclavitud (que actualmente existe todavía). Cuando los plantadores de café provocaron una gran crisis el año anterior, saturando con grandes cantidades el mercado internacional de café y causando una severa caída de los precios, los terratenientes brasileños obligaron al gobierno a comprar todos los excedentes con fondos públicos. Esta original experiencia suscitó naturalmente un violento seísmo en las finanzas y en la existencia material de la población en su conjunto.

Si, por un lado, la independencia política, es decir, el Estado-nación, es necesaria para el capitalismo y se corresponde con el interés de clase de la burguesía, precisamente porque un Estado-nación es una herramienta de dominación (o control) y conquista, por el lado contrario, la clase obrera se adhiere al contenido *cultural y democrático* del nacionalismo, lo que significa que los obreros tienen interés en que se instauren sistemas políticos capaces de garantizar el libre desarrollo de la cultura y la democracia en la vida nacional por medios defensivos y no de conquista, en términos de solidaridad entre las diversas nacionalidades que son históricamente parte del mismo Estado burgués. Igualdad ante la ley para las nacionalidades y organizaciones políticas, asegurar un desarrollo cultural nacional - éstas son las formas generales del proletariado, un programa que se deriva de forma natural de su posición de clase, en contraste con el nacionalismo de la burguesía.

II

La confirmación y demostración de estos principios generales se observa también en el más importante problema de nacional del Imperio ruso, la cuestión polaca.

Desde el principio, el movimiento nacional en Polonia tomó un carácter diferente al de Europa Occidental. Buscar una analogía histórica con la idea nacional polaca en la historia de la Alemania o la Italia actuales da lugar a una mala interpretación de la verdadera sustancia histórica de los movimientos nacionales en Alemania e Italia, pero también en Polonia. Para nosotros, los polacos, la idea nacional fue una idea de clase de la pequeña y mediana nobleza, no de la burguesía. La base material de las aspiraciones nacionales de Polonia no estuvo determinada por el desarrollo capitalista moderno como en Europa central en el siglo XIX, sino, por el contrario, por la idea que se hacía la nobleza de su posición social, que hundía sus raíces en la economía natural-feudal.

Los movimientos nacionales en Polonia desaparecieron a la vez que estas relaciones feudales; entre nosotros, la burguesía, agente histórico del desarrollo capitalista, ha sido desde el principio un factor claramente anti-nacional. Esto no sólo es debido al origen específico de la burguesía en el siglo XIX, extranjera y heterogénea, fruto de la colonización, un cuerpo extraño trasplantado a suelo polaco. Otro factor decisivo: la industria polaca fue desde el principio, en los años 1820 y 1830, una industria de exportación, incluso antes de lograr el control e incluso de *crear* un mercado interior en Polonia. No vamos a citar aquí todas las estadísticas del desarrollo industrial de nuestro país, reenviamos al lector a nuestro libro, *Die industrielle Entwicklung Polens*, también disponible en ruso y *Kwestja Polska a ruch socjalistyczny*, Cracovia, 1905. Recordemos aquí solamente las grandes líneas de este desarrollo.

La exportación a Rusia, sobre todo de las ramas fundamentales de la industria capitalista tales como la producción textil, se convirtió en la base de la existencia y el desarrollo del capitalismo polaco desde sus inicios y en la base de la propia burguesía polaca. Consecuentemente, nuestra burguesía manifestó de inmediato simpatías políticas, no hacia el oeste y la unificación nacional con Galitzia y el Gran Ducado, sino hacia el este, hacia Rusia. Tras la eliminación de las barreras aduaneras entre el Imperio y el Reino de Polonia, estas tendencias se incrementaron con el desarrollo de la gran industria. Sin embargo, la clase burguesa no comenzó verdaderamente a gobernar la sociedad hasta el fracaso de la insurrección de enero [de 1863]. El nuevo régimen fue inaugurado por el "programa de trabajo orgánico" que equivale a una renuncia a la independencia nacional. Además, la dominación de clase de la burguesía en Polonia no requería la creación de un Estado-nación unificado como en Alemania e Italia, sino, por el contrario, emergió sobre los cimientos de la conquista y división de Polonia. La idea de la unificación y la independencia nacional no se nutría del capitalismo; por el contrario, a medida que el capitalismo se desarrollaba, esta idea se convirtió en un anacronismo. Esta circunstancia misma, esta relación histórica particular de la burguesía capitalista con la idea nacional en nuestro país decidió su destino y su carácter social. Alemania, Italia, como hace medio siglo en América del Sur, el "renacimiento nacional" tenía todas las características de un espíritu revolucionario, progresista. El desarrollo capitalista incluía la idea nacional y, desde el punto de vista histórico, la ampliaba junto con los ideales políticos de la burguesía revolucionaria: la democracia y el liberalismo. En este sentido histórico preciso, la idea nacional era un detalle del programa general de la burguesía - del Estado burgués moderno. En Polonia surge una oposición entre la idea nacional y el desarrollo burgués, que dio a aquélla no sólo un carácter utópico, sino incluso reaccionario. Esta oposición se refleja en las tres fases de la historia de la idea de la independencia nacional polaca.

La primera fue el fracaso de la lucha armada de la nobleza polaca. Ni siquiera los más

ardientes defensores de la teoría de la "violencia y la fuerza" en la filosofía de la historia explicarán la derrota de las insurrecciones polacas por mera superioridad de las bayonetas rusas. Cualquiera que conozca un poco la historia económica y social moderna de Polonia sabe que la derrota de la nobleza insurgente la prepararon los mismos intereses capitalistas de mercado que en otros sitios, en palabras de Kautsky, eran uno de los principales elementos de la idea nacional moderna. Los esfuerzos de la burguesía por garantizar las condiciones para la producción capitalista a gran escala no incluían la reivindicación de un Estado-nación; por el contrario, la burguesía trató de explotar la anexión y paralizar el movimiento nacional de la nobleza. Así, la idea de Estado-nación, idea esencialmente burguesa, fue sabotada por la burguesía, que selló la derrota del levantamiento de enero.

La segunda fase fue la herencia de la idea nacional polaca asumida por la pequeña burguesía. Bajo esta forma, la idea nacional se modificó: de una lucha armada paso a ser una política de neutralidad y empezó entonces a mostrar su debilidad. Después de vegetar durante veinte años lejos de la sociedad - en los años ochenta y noventa, el nacionalismo pequeñoburgués sobrevivía en la emigración entre media docena de "patriotas panpolacos" - finalmente emergió como parte activa en la arena política en los albores del período revolucionario actual. Democracia Nacional anunció su entrada en fase política activa renunciando públicamente al programa de la independencia nacional, considerada una utopía inalcanzable, e inscribiendo en su lugar la doble consigna de la autonomía del país y de la contrarrevolución. Ahora, después de rechazar el lastre del programa nacional tradicional, Democracia Nacional se está convirtiendo rápidamente en una fuerza política real en la sociedad. Después de haber fracasado en su segunda forma, pequeñoburguesa, el programa del Estado-nación es reemplazado por un programa práctico y factible en la Polonia burguesa, un programa de autonomía.

La tercera y última fase en la historia de la idea nacional polaca es su intento de aliarse con el movimiento de clase del proletariado. Los doce años de experiencia social-patriota del PPS son el único caso en la historia del movimiento obrero internacional donde la consigna del Estado-nación ha sido incorporada en un programa socialista. Y este extraño experimento terminó después de doce años con el mismo tipo de crisis que la experiencia pequeñoburguesa. Cuando estalló la revolución obrera en Rusia, el PPS renunció públicamente al programa de recuperación de Polonia para poder desempeñar un papel en la política activa y en la vida de la sociedad. Democracia Nacional ha renunciado para poder tomar parte activa en la contrarrevolución de burguesía; el PPS lo hizo para participar en el desarrollo proletario revolucionario.

La crisis, y la subsiguiente decadencia de PPS, fueron la tercera y última quiebra de la idea del Estado-nación polaca - esta vez en un disfraz proletario. La revolución actual, la sublevación social más poderosa de todos los tiempos modernos, que incita a todos los embriones de vida a crecer y madurar y revuelve al mismo tiempo, con un arado gigante, todos los cimientos de la sociedad, ha borrado todo rastro de la idea de Estado-nación polaca como si fuera una cáscara que el desarrollo histórico ha vaciado de todo contenido y que no puede alcanzar las marismas de las tradiciones sociales más que en las turbias aguas de un período de reacción.

La trayectoria histórica del nacionalismo polaco, sin embargo, no ha acabado. Ciertamente, ha muerto como idea de Estado-nación, pero también se ha transformado desde el espectro utópico que era en factor realista de la vida social. El desarrollo burgués-capitalista polaco ha soldado Polonia con Rusia y condenado la idea de la independencia nacional a no ser más que una utopía. Pero la otra cara de este proceso burgués es el desarrollo revolucionario de la sociedad polaca. Todas las manifestaciones y todos los factores de progreso social en Polonia, y sobre todo su principal factor, el proletariado polaco y el papel que ha desempeñado en la revolución general en el Imperio zarista, se han levantado sobre los cimientos de ese mismo desarrollo burgués-capitalista. El progreso social y el desarrollo revolucionario de Polonia se relacionan así con el proceso capitalista a través de esos lazos históricos indisolubles que unen a Polonia y Rusia y que han enterrado la idea nacional polaca. En consecuencia, todas las aspiraciones separatistas que tienden a erigir una barrera artificial entre Polonia y Rusia están dirigidas, por su propia naturaleza, contra los intereses del progreso social y el desarrollo del revolucionario, son manifestaciones de la reacción. Al mismo tiempo, tras el fracaso final del programa Estado-nación y la independencia nacional, la idea nacional se ha reducido a una idea general y brumosa de la separación nacional y, en este sentido, el nacionalismo polaco se ha

convertido en una forma de reacción social consagrada por la tradición.

La idea nacional se ha convertido el estandarte ideológico colectivo de las aspiraciones reaccionarias de la clase burguesa, la nobleza, la clase media y la pequeña burguesía. La dialéctica de la historia ha demostrado tener más de imaginación, flexibilidad e inclinación por la variedad que las mentes de los políticos aprisionados en los estereotipos mientras especulan en el desierto abstracto de los "derechos de las naciones." Muchos revolucionarios rusos, alemanes y otros han tenido y tienen tendencia a considerar la "tradición nacional" como un recipiente histórico destinado para siempre y por naturaleza a absorber y transportar todo tipo de corrientes revolucionarias como una caracola, que, según la leyenda, repetirá sin cesar el ruido lejano de las olas cuando, fracasada y sin vida, uno se la lleva a la oreja. En las condiciones históricas y sociales concretas, esta "tradición nacional" se convierte en justo lo contrario: un contenedor que abarca todos los tipos de reacción, una enseña de la contrarrevolución. Democracia Nacional fue elegida a la primera Duma bajo el lema "nacional", protegida por cosacos de las críticas y las protestas del proletariado polaco. En nombre de la "idea nacional", los Demócratas Nacionales han hecho uso de balas para repeler a los obreros socialdemócratas de los mítines pre electorales, incluso mataron a unas pocas docenas de obreros en Varsovia, Lodz y Pabianice. Bajo el lema nacional, Democracia Nacional ha organizado sindicatos obreros "nacionales" para impedir la lucha económica y la acción revolucionaria del proletariado. Bajo el lema nacional ferroviarios nacionales demócratas rompieron la huelga de los ferrocarriles que estalló en diciembre de 1905 en Polonia, obligando a los trabajadores en huelga a volver a trabajar a punta de bayoneta. Bajo el lema nacional, el partido Democracia Nacional está en una cruzada en contra de la huelga general y otras formas de huelga, alegando que arruinan "la industria del país y la riqueza nacional". Bajo el lema nacional, el grupo polaco en la Duma renunció, tras la disolución de la Duma, a participar en las deliberaciones del Manifiesto de Vyborg y en su declaración posterior. Bajo el lema nacional, Democracia Nacional ha organizado "halcones polacos" o más bien escuadrones de combate armados destinados a masacrar socialistas, a romper huelgas, etc. Dmowski, el líder de Democracia Nacional ha declarado, en nombre de la idea nacional "excluidos de la sociedad a los socialistas", y de hecho "enemigos externos", justificando de antemano los "asesinatos patrióticos" preparados contra los socialistas. Y, por último, en nombre de la idea nacional, del porvenir de la nación y de la defensa nacional, la burguesía polaca encabezada por Democracia Nacional se ha situado públicamente bajo la bandera del "neo- paneslavismo", en las filas de los partidarios del absolutismo y la "idea nacional" rusa "sin reservas", abandonando así el último vestigio de su "programa nacional"- la autonomía de Polonia - en el altar de la contrarrevolución. Maltratada por la historia, la idea nacional polaca ha pasado por todas las fases de declive, después de haber comenzado su carrera como un levantamiento noble y romántico, de ser glorificada por la revolución internacional, ha acabado como un matón nacional, voluntaria de las Centurias Negras del absolutismo y el imperialismo ruso.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es